



Seix Barral Biblioteca furtiva

Rosa Montero

Los tiempos del odio

© Rosa Montero, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: noviembre de 2018
ISBN: 978-84-322-3444-6
Depósito legal: B. 23.197-2018
Composición: Gama, S. L.
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Para todos los hombres que he amado en mi vida,
incluso aquellos que no se lo merecieron.
Y para todos los hombres que me han amado en la vida,
incluso aquellos a quienes no merecí.*

Cuanto más pequeño es el corazón, más odio alberga.

VICTOR HUGO

Yo estaba dispuesto a amar el mundo, pero nadie me entendía, así que aprendí a odiar.

MIIAÍL LÉRMONTOV

1

—Sin amor no merece la pena vivir.

Ángela había pronunciado las palabras en voz alta, como el juez que dicta la sentencia definitiva sobre su propio destino.

Y a continuación se entregó al dolor de manera voluptuosa, casi suicida.

Al dolor y a la vergüenza. Porque, ¿qué era peor en un rechazo sentimental, la pérdida del proyecto luminoso con el otro, o la tortura añadida de sentir tu bochornosa falta de atractivo, tu inadecuación e insignificancia? No había mayor humillación imaginable que el desdén o la indiferencia del amado, que por añadidura reflejaban la indiferencia y el desdén del Universo entero. Ángela tragó el buche de hiel de su último fracaso y tuvo la certidumbre, una vez más, de que ella era incapaz de suscitar cariño. Y de que el mundo la volvería a señalar con burla, como siempre.

Un cuchillo de pena.

Los pedazos de su corazón cayendo al suelo con tintineo de lata.

No, no había logrado que su amado la amara. Ni si-

quiera había conseguido que la tomara en cuenta. Había hecho de nuevo el ridículo, y el ahogo de su propia ignominia la dejó boqueando. No podía soportar pensar en ello y, sin embargo, no podía apartarlo de su cabeza. El hermoso futuro que había imaginado junto a su amado se estaba derrumbando en estos momentos sobre ella con fragor de avalancha. Ángela contempló las paredes del cuarto con estupor: ¿cómo era posible que los muros no temblaran, que no se rajaran ante tal cataclismo? Se abrazó a sí misma, sintiéndose incapaz de seguir adelante. ¿Qué iba a hacer ahora con sus días? ¿Cómo iba a aguantar la pena de existir? ¿Y cómo lograría no despreciarse a sí misma?

Sin amor no merece la pena vivir, repitió, apoyando ambas manos sobre el diminuto lavabo de vapor e inclinándose un poco más hacia el espejo. Se miró con desmayo: lívida, ceñuda. La ancha y combada frente parecía aún más grande bajo la luz cenital. Arriba, cuatro pelos ralos de un tono indefinido que dejaban entrever el cuero del cráneo. Abajo, una nariz pequeña, una boca demasiado fina y siempre tenazmente apretada, una barbilla huidiza. Era fea. Ya lo sabía. Era muy fea. Debía haberse operado, eso decían todos, y el énfasis, incluso la irritación con que se lo decían era ya un insulto, como si estuvieran enfadados por tener que mirarla. No entendían que Ángela necesitaba que la quisieran a ella, a ella toda, a ella de verdad, no a los mañosos retoques que pudieran hacerle en el rostro los cirujanos plásticos. Necesitaba probarse que era digna de ser amada.

«Ángela, todo el mundo se opera, es lo normal», le había repetido una y otra vez su primer terapeuta, un

hombre joven que lucía una cara de lo más vulgar, el típico trabajo básico y barato. «Operada, seguirías siendo tú; simplemente llamarías menos la atención.» No, no, qué va. Se equivocaba, en eso y en tantas otras cosas. Ella siempre resultaría llamativa y chocante. Ella era demasiado distinta. Se lo habían demostrado una y otra vez todas las personas con las que se cruzaba. Desde la misma infancia, desde esa madre tan guapa a la que horrorizó, y desde los compañeros de las instituciones por las que fue rebotando, gente rechazada y jodida que, sin embargo, siempre consiguió ponerse de acuerdo para rechazarla y joderla a ella. Incluso entre los monstruos era el hazmerreír. Por lo tanto, ¿para qué camuflarse? Llevaba intentando esconderse durante toda su vida y no le había servido de nada. Lo único que de verdad podía salvarla era encontrar a alguien que la amara tal cual era. ¿Resultaba tan difícil de entender? ¿Pero si el propio psicoguía lo primero que quiso hacer fue mandarla al cirujano plástico! Tan inaceptable le debía de parecer.

Sí, ella era un borrón en la escritura del mundo. Una anomalía. Y no hubiera podido soportar tanta soledad si no hubiera sido por el dulce consuelo de los números. ¡Eran tan bellos los números, tan fiables, tan ordenados, tan generosos en su accesibilidad! Vivió con ellos y triunfó con ellos. Durante varios años trabajó con sus fieles números a través de la Red, y la gente, que no la conocía en persona, la admiraba. Así logró ser independiente, tener su propia casa. Entonces apareció Ricardo, su vecino. Que la miraba sin mostrar repugnancia. La miraba como si la viera. Cuando le conoció, Ángela sintió que había llegado a un lugar que siempre creyó inalcanzable. Ángela pensó: esto es el paraíso. Pero luego el vecino dejó de ser dulce y amable. Incluso parecía tener-

le miedo. Y hubo aquel problema con la policía. Lo de la policía fue muy duro, incluso brutal. Ricardo fue su primer fracaso. Y también el comienzo de la búsqueda.

Sin amor no merece la pena vivir, murmuró una vez más con sus labios reseco y erizados de pequeños pellejos. Llevaba dos días sin comer, sin dormir, casi sin beber. Grandes círculos morados ensombrecían sus ojos. Dos días sin tomar las medicinas. Se sentía febril y la vida era una llaga, puro sufrimiento. Pero la alternativa era peor. Esa fría tersura terapéutica. Esa calma artificial y embrutecedora que le metían en las venas. La paz del cementerio. Forzarla a no ser ella. Vaciar su cabeza. Lo que los otros llamaban curarse, para ella era borrarse.

Ángela era capaz de visualizar su propia mente. La veía como una inmensa construcción geométrica, un poliedro con miles de caras de fulgurantes colores que giraba a toda velocidad dentro de la oscuridad de su cráneo. Y en cada ángulo había un número, un signo, una fórmula, por eso se le daban tan bien las matemáticas, porque lo único que tenía que hacer era contemplar su mente y las soluciones se encendían por sí solas. Todas las combinaciones numéricas posibles estaban ahí: sólo bastaba con saber mirar. Ángela sabía que no todo el mundo disponía de un poliedro chisporroteante en la cabeza, y poder contar con esa belleza secreta era sin duda un refugio y un consuelo. Pero había algo aún más importante para ella, había una energía capaz de movilizar todo eso que Ricardo había puesto en marcha, y ese fuego sagrado era el amor. Por eso Ángela no quería que la cambiaran. Porque ella sabía que era fea, muy fea, pero su amor era hermoso. Lo mejor que ella tenía, lo que la definía, era su pasión, que los terapeutas consideraban excesiva, obsesiva y desenfrenada. Pero ¿acaso el

verdadero amor no ha de rozar siempre lo extremo, lo sublime, lo absoluto? El corazón de Ángela era un lago de afecto profundo y luminoso que amenazaba con desbordarse. Tenía un torrente de cariño para dar y nadie lo aceptaba. Qué desperdicio. ¿Moriría tal vez sin haber podido entregar a nadie la nuez de amor puro y recóndito que llevaba en el pecho? La amargura le revolvió las tripas igual que un veneno. Sí, otro fracaso más. Ángela le había ofrecido a ese hombre cruel el delicado tesoro de su corazón y él lo había rechazado. Ah, qué insoportable humillación. El dolor la partía.

Chilló.

Chilló y chilló con toda la fuerza de sus pulmones, chilló como si la estuvieran degollando. Sólo cerró la boca cuando agotó el aliento. Y luego se asustó. Eran las doce de la noche y estaba en un microapartamento de doce metros cuadrados que había alquilado en un edificio colmena. Era un lugar mísero de construcción barata, y decenas o quizá cientos de vecinos debían de estar al alcance auditivo de su alarido; era posible que alguno se quejara, o incluso que llamara a la policía. Ángela añadió un pellizco de terror a su sufrimiento: qué estúpida, qué estúpida. Se quedó inmóvil, esperando alguna reacción. Tictaquearon los minutos sin que ocurriera nada. Tragó saliva, serenándose un poco. Lo bueno de los edificios colmena de las zonas marginales de la ciudad era que, por lo general, nadie quería meterse en líos. Aun así, tenía que ser más prudente.

Suspiró y abrió la mochila deportiva negra que contenía todas sus pertenencias en este mundo. Apartó los fajos de gaias que había recuperado de su escondite de emergencia en la consigna de la estación de trams y sacó lo que había comprado en la todotienda de la esquina.

Cogió uno de los objetos y le dio un par de vueltas entre los dedos. Era un cúter básico, de los que usaban los niños para las tareas escolares, pero serviría.

Se levantó la manga izquierda de la camisa y volvió a mirarse en el espejo. Ahí, en el antebrazo, estaba el tatuaje con su nombre. Con el amado y odiado nombre de él, los signos tan hincados en su piel como en su corazón, diez letras fatídicas viéndose al revés en el reflejo. Un símbolo de la entrega de Ángela, de su amor fiable y perdurable, convertido ahora en un estridente, insoponible memento de su último fracaso.

Pulsó el cúter para sacar la cuchilla y acercó el filo al borde del tatuaje. Sin temblar. Hundió un poco la punta en la carne y se detuvo; un hilillo de sangre corrió alegremente brazo abajo. Apretó la hoja y comenzó a serrar, el pulso firme, los dientes apretados. Sin soltar ni un gemido. Disfrutando del momentáneo alivio de ser la dueña de su dolor. En el silencio se escuchaba el tenue rasguido de la carne y ahora la sangre era un escándalo. Cortó y cortó con cuidadoso mimo, intentando no torcerse. No era nada fácil, dado que no disponía de otra mano con la que estirar la piel. Tardó varios minutos en despegar la dermis y conseguir sacar la pieza entera. Depositó el despojo sobre el lavabo, soltó el cúter y lavó la herida con un chorro de vapor. Después cogió el spray coagulante y el parche desinfectante regenerador que también había adquirido en la todotienda y se hizo una cura apresurada. Ya con el brazo cubierto, agarró delicadamente el pingajo de carne y lo extendió sobre la falsa porcelana de la pequeña pila. Lo observó con ojo crítico y quedó bastante satisfecha: en el rectángulo de piel y sustancia se leía con claridad el nombre de su amado. Podía haber usado una cuchilla láser, que proporcionaba un corte más pre-

ciso, más fácil y más rápido, además de cauterizar la herida al instante; pero hubiera sido mucho menos... auténtico. Arregló los bordes con el cúter para quitar las hilachas y luego lavó el retal con delicadeza hasta limpiarlo bien de sangre. Tras secarlo meticulosamente, lo envolvió en papel de seda rojo y lo metió en una cajita de cartón también roja que ató con un primoroso lazo de satén morado. Pulsó su móvil y pidió un robot mensajero Express. Ahora sólo faltaba enviarle el regalo. Ángela levantó la cabeza y se miró en el espejo: tenía las mejillas empapadas de lágrimas y sonreía.

2

Bruna llevaba toda la noche sin dormir. Toda la noche en un desasosegado, afilado insomnio, vigilando el sueño de Lizard. El inspector de policía era una mole oscura que ocupaba gran parte de la enorme cama que compartían en esa velada. Roncaba Paul Lizard de cuando en cuando, un ruido sordo de motor al ralentí que tampoco le facilitaba el descanso a la androide. Pero no era eso lo que la mantenía espabilada. Lo que le impedía relajarse era la pena. O el miedo. O la rabia. O una mezcla de todo y algo más. Era la angustia de sentir que Lizard se le escapaba. Un barrunto de peligro y de dolor le oprimía el pecho. Se sentía desnuda, y no sólo físicamente, como en efecto estaba. Tres años, tres meses y dieciséis días.

El inspector y la replicante llevaban poco más de un año de relación. Un tiempo no exento de conflictos, de desencuentros, de idas y venidas. Pero entre ellos siempre fluyó una atracción volcánica. Juntos eran un cataclismo natural; sus pieles se derretían al rozarse y la sangre les ardía como la lava. La androide nunca había experimentado nada semejante: no se acercaba a Lizard, se zambullía en él. Y, por unos instantes, desaparecía.

No más Bruna Husky, la tecnohumana de combate. No más esa replicante condenada a una vida cruelmente breve y a una muerte fija y ya programada. En el nido de los brazos de Lizard, vientre contra vientre y pecho contra pecho, machihembrados y convertidos en un único animal, ella era inmortal. La única eternidad posible para Bruna era la carne.

Pero la noche anterior la poderosa magia no había funcionado. Esta vez la rep se había arrimado a la espalda de Lizard; había comenzado a acariciar sus musculosas nalgas, cúpulas perfectas; había refrotado con pedigüeño culebreo su cuerpo desnudo contra la piel de él, cuando el inspector, sin siquiera volverse, murmuró:

—Estoy agotado, Husky. Vamos a dormir.

Husky. La llamaba por su apellido cuando quería mantenerla a distancia. Estoy agotado, Husky, decía. Era la primera vez que dormían juntos sin hacer el amor. ¿Era así como abarataban sus relaciones los humanos? ¿Empezaban a no mirar del mismo modo a sus parejas, a crear rutinas de descuido, a ofrecer impenetrables espaldas a sus amantes? ¿La carne como una muralla y no como una promesa? Pero ella era replicante, maldita sea. Ella no tenía tiempo que perder. No podía malbaratar un solo día, una sola hora. Por todas las jodidas especies, ¡si ni siquiera vivían juntos! Si quedaban, tenía que ser para darse por entero. Bruna no quería, no podía convertir el fuego de la pasión en la polvorienta, descuidada costumbre de los humanos, que creían tener tanto tiempo por delante que acababan dilapidándolo todo sin darse cuenta.

Pensó en levantarse como un ladrón en la noche, sigilosa, y marcharse a su apartamento. Cuando Paul se despertara, ella ya no estaría. Entonces la echaría de menos. O quizá no. Suspiró, agobiada. El amor era un com-

bate, normalmente sin sangre; y ella tenía la sensación de estarlo perdiendo.

Intentó serenarse. Era verdad que Lizard estaba muy cansado. Era cierto que todos llevaban una semana horrible. De pronto los Terroristas Instantáneos, un confuso y poco peligroso grupo de activistas urbanos, habían cambiado radicalmente de estrategia. Hasta entonces los Ins se habían limitado a reventarse individualmente de cuando en cuando sin causar apenas daños humanos: nada más que un muerto y tres heridos en los cinco años que llevaban de actividad, descontando a los propios suicidas. Pero ahora, y en tan sólo diez días, habían perpetrado un atentado masivo en Madrid y otro en Nueva Valencia, con un resultado total de ciento veinticinco muertos y tres centenares de heridos. Y esto sólo con respecto a la región española, porque había habido otros ataques en diversos puntos de los Estados Unidos de la Tierra: en Berlín, en Nueva Shanghai, en Bogotá... Tras la matanza de Berlín, los Ins habían lanzado un comunicado en el que asumían la autoría de las recientes masacres y declaraban que, puesto que el capitalismo mundial seguía asesinando día tras día a miles de personas en el mundo con su desigualdad criminal, ellos habían decidido redoblar su ofensiva y lanzar una guerra frontal contra el sistema hasta conseguir que se derrumbara. Y añadían que a partir de ahora se denominarían Ejército de la Justicia Instantánea, EJI (o Instant Justice Army, IJA, en el inglés global). Todo ello expresado de una manera mucho más ampulosa y rimbombante, desde luego.

Pero lo más preocupante era que el nuevo EJI disponía repentina y enigmáticamente de unos medios materiales antes insospechados en los Ins: una infraestructura poderosa que les permitía pasar inadvertidos, dinero y

tal vez apoyo social para sostener todo eso y, por desgracia, un nuevo tipo de explosivo indetectable por los métodos tradicionales y con una potencia de destrucción aterradora. Tras la deflagración, la desconocida sustancia, bautizada *Inferno* por la policía, provocaba un fuego voraz cuyas llamas tenían la peculiaridad de avivarse tanto con el agua como con las espumas y brumas ignífugas de los bomberos, ya fueran de base acuosa o anaeróbicas, lo cual complicaba sobremanera las labores de extinción. Además el calor alteraba los residuos del explosivo de tal modo que hasta el momento su composición no había podido ser desentrañada por completo. «¡Es el fuego griego!», había exclamado con horror Yiannis, el viejo archivero amigo de Bruna; y es que, al parecer, los griegos de la Antigüedad poseían el conocimiento de un arma así, un fuego inextinguible que había sido como la bomba atómica de la época y cuyo secreto nunca fue descubierto.

Por añadidura, y esto era lo más raro, la mudanza de los Ins había pasado por completo inadvertida para todos los servicios de información, tanto los regionales como los globales. De hecho, era un grupo que apenas suponía una amenaza y que estaba profusamente infiltrado por las fuerzas de seguridad. Lizard, que dirigía las investigaciones del atentado de Madrid, fue a hablar con Eñe, la responsable de inteligencia de la región hispana, y había regresado con una información confidencial bastante chocante:

—Al parecer estaban tan seguros de su control sobre los Ins que, si no se decidieron a detenerlos a todos fue porque consideraron que era mejor disponer de un movimiento ya intervenido y de bajo impacto que pudiera absorber a los individuos violentos antisistema...

—¿Cómo? ¿Me lo dices en serio? ¿Que podrían haber acabado con los Ins hace tiempo pero no lo hicieron para poder proporcionar a los disidentes radicales su pequeño parque de atracciones terrorista? —bufó Bruna.

Lizard se encogió de hombros:

—Eso dice Eñe. Puede ser una bravata. Es probable que hubieran sido incapaces de desmantelarlos. Teniendo en cuenta que ni se han olido este cambio brutal de estrategia, yo diría que no los controlaban una mierda.

Cierto. Todos los cuerpos de seguridad se habían lanzado a la caza de los Ins en cuanto supieron que estaban relacionados con las masacres, pero no consiguieron encontrar a ninguno. Los domicilios que tenían fichados estaban vacíos, los terroristas bajo vigilancia parecieron evaporarse de repente y lo único que el movimiento dejó atrás fueron los cadáveres de tres de los policías infiltrados, atados de pies y manos y degollados, en uno de los pisos francos de la organización.

De manera que ahora estaban en la más completa oscuridad ante una escalada de violencia. Pero eso no era causa suficiente para la aguda inquietud que sentía Bruna. La tecnohumana había vivido crisis mayores. A decir verdad, toda su corta existencia era una crisis. Como replicante de combate, había tenido que pasar sus primeros dos años de servicio obligatorio en el planeta minero de Potosí, en condiciones tan duras que el recuerdo estaba difuminado por un velo de sangre. Luego, ya licenciada y convertida en detective, se había visto envuelta en la conjura especista que intentó exterminar a los replicantes y en las sucias guerras nacionalistas de los confines, de modo que la androide estaba acostumbrada a la violencia y sabía que el mundo era tan precario como feroz. En cualquier caso, nada era tan feroz como su propio desti-

no, esa condena a muerte irreversible que todos los tecnohumanos padecían. Al ser clones madurados aceleradamente, los reps tardaban catorce meses en gestarse; el término *fabricarse*, ofensivo y despectivo, sólo lo utilizaban los supremacistas especistas. Cuando eran activados tenían una edad física de veinticinco años; diez años más tarde, con desquiciante puntualidad, un indeseado proceso degenerativo multiorgánico, el Tumor Total Tecno, acababa con ellos en tan sólo semanas en medio de terribles sufrimientos. Hoy, día 13 de febrero de 2110, a Bruna sólo le quedaban tres años, tres meses y dieciséis días de vida. La androide no podía evitar que la obsesiva cuenta atrás zumbara de manera constante en su cabeza, como un parásito que hubiera logrado colonizar su cerebro o un virus que la hubiera infectado fatalmente. Bruna estaba enferma, enferma del miedo y de la rabia de morir. Tres años, tres meses y dieciséis días.

O quizá no.

No era inevitable fallecer a los diez años. Cuando estalló la conjura supremacista contra los reps, Bruna descubrió que en Cosmos, una de las dos plataformas habitadas que orbitaban la Tierra, habían encontrado el secreto para alargar la vida de los androides al menos veinte años más. Pero Cosmos era una dictadura totalitaria que apenas si mantenía un simulacro de relaciones con los EUA: estaban en plena Guerra Fría. Ah, qué indecible, qué añadida tortura suponía saber que no estaba obligada a morir tan pronto y, aun así, no poder escapar a ese destino. Como decía Myriam Chi, la antigua líder del Movimiento Radical Replicante que fue asesinada durante la conjura, en la Tierra no había voluntad para encontrar una cura al TTT. Los androides morían a los diez años por la indiferencia de los humanos: aunque

formaban el 15 % de la población mundial, sólo un 0,02 % del presupuesto de las grandes farmacéuticas se destinaba al estudio del Tumor Total Tecno.

Tres años, tres meses y dieciséis días.

Pero, aun siendo todo esto angustioso, Bruna sabía que la verdadera herida que la atormentaba hoy era el desapego que percibía en Paul. Le inquietaba que Lizard le prestara tan poca atención, la enrabetaba que el inspector no le hubiese pedido ayuda como detective («es terrorismo, altamente confidencial, no puedo») y esos pensamientos llevaban días impidiéndole dormir; más bien se desmayaba a golpe de vinos y a las dos horas volvía a abrir los ojos. Claro que ella era una rep de combate, reforzada genéticamente para tener más aguante. Por muy cansada que estuviera, quería seguir visitando el íntimo refugio que formaban sus cuerpos al unirse. Ese paraíso de la carne que era el único cielo que Bruna conocía, el único lugar en el que se sentía a salvo de la persecutoria muerte y olvidaba recitar su cuenta atrás.

Pero para Lizard no era tan importante, ése era el problema, pensó Bruna, aún acodada sobre la cama, aún contemplando el macizo y confiado perfil del hombre. Para el inspector ella no era tan importante, se dijo, o más bien se rugió, porque advirtió que las palabras levantaban vendavales en su interior. Una súbita sensación de extrema debilidad la dejó anonadada. Las emociones debilitaban, la necesidad amorosa te lanza a los pies de los caballos, pensó Husky, apretando los dientes hasta hacerlos chirriar. Qué insensatez la suya, colocarse en ese lugar de indefensión. Ella pedigüeña, él indiferente. Eso era lo que más la humillaba, su asquerosa y humana indiferencia.

Lizard abrió los ojos con un pequeño sobresalto, como si hubiera percibido la soterrada furia de la rep, o quizá el chirrido de su dentadura. Se giró con fatiga boca arriba y ahí se sobresaltó aún más, al descubrir a Bruna junto a él, apoyada sobre su codo y escrutándolo sombría. La miró durante unos segundos con cierta inquietud.

—Pareces una serpiente a punto de devorar a un ratón de campo —dijo al fin.

Bruna no pudo evitar establecer una relación entre el comentario de Lizard y las pupilas de los reps, que eran verticales como las de los reptiles o los felinos, y se sintió ofendida.

—Muy ingenioso —dijo con acritud.

Una repentina, helada lucidez iluminó su mente y le hizo contemplar la situación desde otro lado. Desde el extremo más opuesto del Universo. Pero ¿cómo era posible que se hubiera sentido tan enamorada de este tipo? Al final todos los humanos eran iguales. Cerrar, cortar, acabar, amputar. Todas las defensas emocionales de Bruna se activaron. Ahora lo único que quería la androide era marcharse cuanto antes a su casa.

—¿Sabes? Los depredadores tienen las pupilas verticales y las víctimas, las pupilas redondas. Hablo en serio. Lo vi el otro día en un documental de una pantalla pública. Pensé que te interesaría saberlo —insistió Lizard mientras se levantaba.

Lo decía con naturalidad, sin la menor sombra de sorna, incluso afectuosamente, pero a Husky se la estaban llevando los demonios. Una furia roja crecía en su interior y amenazaba con alcanzar la boca y desbordarse en palabras. Calló por el momento, con esfuerzo.

Lizard había ordenado a las pantallas poner los informativos de la 2 y estaba dándose una apresurada du-

cha de vapor. Salió sin secarse, su rotundo y musculoso cuerpo brillando de humedad. Bruna sintió el deseo irrefrenable de salir huyendo.

—Me voy —declaró con demasiado énfasis.

—Espera, tómate un café por lo menos...

En ese momento sonó el timbre de la puerta. En pantalla apareció un robot de mensajería. El inspector abrió, se identificó arrimando el microchip hipodérmico de su chapa civil al ojo lector y el robot escupió en sus manos una cápsula pequeña y ligera. Paul desenroscó el envase protector y luego deshizo el bonito paquete de regalo.

—Pero ¡qué mierdas...!

No llegó a terminar la frase, tan atónito estaba: en sus manos, sobre un lecho de delicado papel de seda, había un rectángulo de lo que parecía piel humana con dos palabras tatuadas: «Paul Lizard».

Bruna observó el retal con estupefacta repugnancia. Abrió la boca para compartir el sobrecogimiento con el inspector y mostrarle su apoyo, pero, para su sorpresa, se escuchó gruñendo:

—La venganza de alguna amante dolida...

—¿Eso es lo único que se te ocurre decir? —contestó Paul, exasperado—. Joder, es... siniestro. Y no tengo ni idea de lo que significa. En fin, ahora no puedo ocuparme de esto... Me lo llevo para que lo analicen.

Envolvió de nuevo el despojo, lo metió en el envase de mensajería y lo guardó, y a continuación salió disparado. Tan veloz que a Bruna no le dio tiempo a decirle que en realidad era ella quien se iba. Así que, técnicamente, fue Lizard quien la dejó.

—Ya nos hablamos —farfulló el hombre a la carrera. Y desapareció.